

# PiNOCHO

AÑO. IV  
NUM. 150

25 cts

1 ENERO  
1928



—ALGO MALO HAS HECHO CURRINCHE. Y SI NO ¿QUIERES  
EXPLICARME POR QUÈ TE HE VISTO ESCONDIDO DETRÁS  
DE ESE ÁRBOL ?

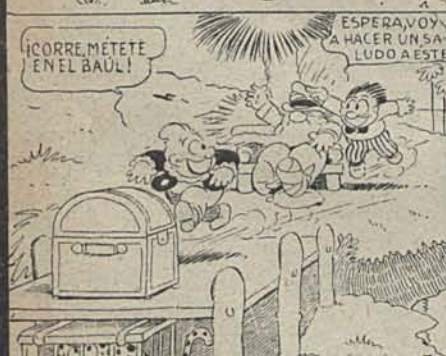
—PUES ME HAS VISTO ..... PORQUE EL ÁRBOL NO ES  
GRUESO.



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL REY TICUNO

CUENTO POR EMILIO SALGARI



N Africa todos los sultanes y reyes —y los hay a millares esparcidos en aquel inmenso continente— antes de ascender a los honores del Trono, quién más, quién menos, fueron ladrones o salteadores de caravanas. El mismo Mirambo, que ha sido el más poderoso sultán del Africa oriental, extendiendo sus dominios por toda la orilla del inmenso lago Tanganica, que mereció ser llamado el *Napoleón africano* a causa de sus afortunadas conquistas, había empezado su carrera como ladrón.

Simple siervo primero, después portador de cargas al servicio de un rico árabe que conducía caravanas de la costa a los grandes lagos del interior, un buen día apoderóse de las mercancías que le habían confiado, e internándose en los bosques reunió, gracias a las riquezas robadas a su amo, una cuadrilla de bandoleros.

En breve, aquel hombre, que era por lo demás inteligentísimo y valeroso, se convierte en el terror de las caravanas, que saquea sin misericordia, y más tarde en el de los pequeños sultanes, y por último, en el de los más poderosos, que no se atreven a hacer frente a los bandidos del antiguo siervo.

Poco a poco somete a unos y a otros, y he ahí un día en que se ve convertido en monarca absoluto de millones de súbditos.

Así se hace en Africa para llegar a rey o sultán: saqueos, estragos, sangre a profusión y, sobre todo, el terror.

El rey de Ticuno había subido a los honores del Trono imitando a Mirambo.

En 1860 no era mas que un minúsculo cabecilla sin

poder alguno, porque sólo mandaba en una media docena de aldeas, desparramadas en el alto Senegal; pero tenía una sed inagotable de poder y una ambición inmensa.

Era, sobre todo, un buen guerrero, pero más sanguinario que un tigre, y tenía en menos valor la vida de un hombre que la de un mosquito.

Un día, al mejor una disputa con unos súbditos del

sultán de Segú, soberano entonces potentísimo, Ticuno, impulsado por su cruel temperamento, los hace prender, azotar hasta derramar sangre, y en seguida decapitar, y todo ello porque aquellos desdichados habíanse negado a pagar unas tazas de leche que una mujer les había suministrado.

El delito era grave y el sultán de Segú no lo habría dejado seguramente impune si Ticuno no se hubiese puesto en salvo más que de prisa, refugiándose en los bosques del Chari.

Un mes más tarde se esparció la noticia de que una cuadrilla de bandidos, capitaneada por un hombre feroz en extremo, devastaba todas las regiones inmediatas al Chari, que es un importante río del alto

Senegal. Las aldeas eran saqueadas e incendiadas, sus habitantes, asesinados o vendidos como esclavos, los campos, devastados. Toda la región era llevada a sangre y fuego.

Aquel terrible bandido era Ticuno.

A cabo de tres meses, el cabecilla, sin poder alguno, se había hecho tan formidable, que era capaz de desafiar hasta las fuerzas del sultán de Segú.

Invadió su reino a la cabeza de numerosas hordas de bandidos, tan valerosos y sanguinarios como él; hizo huir las tropas del sultán, tomó su capital por asalto,







decapitó al pobre monarca y, después de haber pasado a cuchillo las tres cuartas partes de la población, se hizo proclamar rey de toda aquella inmensa región.

En vez de mostrarse satisfecho, su ambición desenfrenada estalla con más violencia que nunca y los delitos más monstruosos son cometidos por orden suya.

Todos los cabecillas de aldea, hasta los más insignificantes, son asesinados; los jefes del sultán sufren igual suerte, para que nadie pueda hacerle sombra, y se apodera de todas las riquezas del reino, sepultando en la terrible miseria a millones de habitantes.

No obstante, tanta sangre no había calmado aquella fiera execrada de todos; así es que un día imagina monstruosos espectáculos para despertar sus sentidos amodorrados por la acción deprimente del poder absoluto.

Un horrible prejuicio, que tenía su fundamento en una antigua creencia religiosa y que aún perdura en el alto Senegal, pretende que toda fortificación, para ser inexpugnable, debe ser cimentada sobre sangre humana.

No obstante, hasta entonces aquella bárbara costumbre no había costado para cada nueva ciudadela más que el sacrificio de un joven o de una joven, al cual se unía una pareja de bueyes o de cabras.

Una mañana el rey Ticuno mandó llamar a su primer ministro y le dijo sin preámbulos:

—Esta noche he pensado que en mi reino no existe aún una ciudad que lleve mi nombre.

—Es verdad, gran señor —contestó el ministro inclinándose.

—Quiero, pues, que se levante una gran ciudad que eternice mi nombre y que recuerde a los descendientes de mi pueblo que la potencia del reino me la deben a mí por completo.

—Cada deseo tuyo es una orden y la ciudad será edificada.

Pocos días después millares y millares de esclavos trabajaban de sol a sol para fundar la ciudad de Ticuno, y tres meses más tarde estaba terminada. Sólo faltaba rodearla de murallas y baluartes, cimentados en sangre humana; pero Ticuno quería rebasar en barbarie todo lo que habían hecho los antiguos sultanes del reino.

El día antes de empezar las obras, millares de heraldos se esparcieron por calles y plazas, voceando:

—Mañana, cuando los primeros rayos del sol se reflejen en las aguas de los ríos y lagos, os reuniréis en torno de la capital de nuestro reino y veréis una cosa

sin par, que quedará impresa por largo tiempo en vuestros cerebros.

A la mañana siguiente, antes de que fuese de día, una inmensa muchedumbre rodeaba la nueva capital que había sido elevada en una ilimitada llanura.

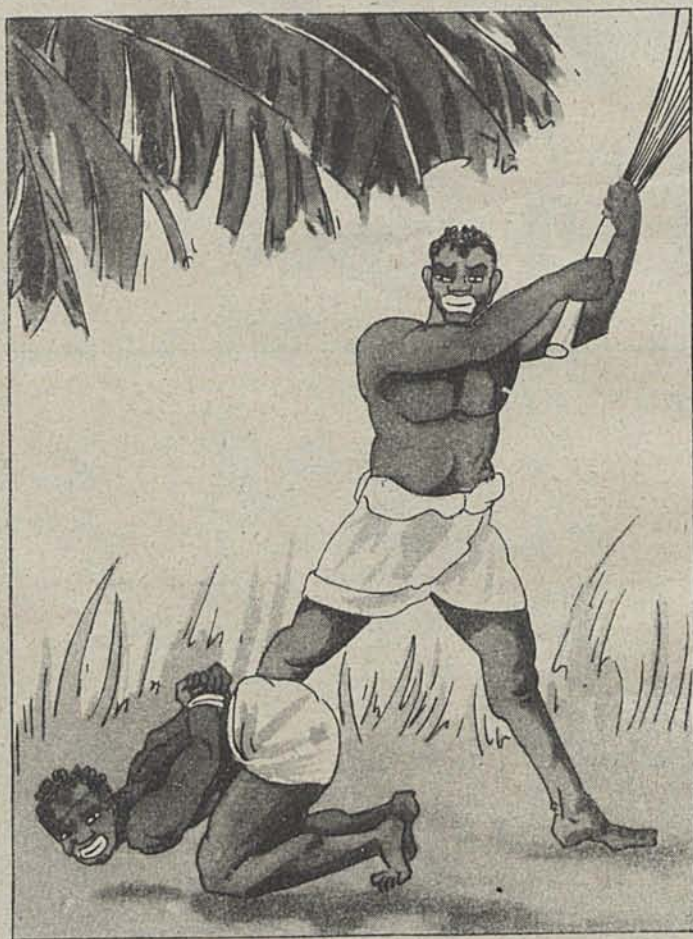
Todos aquellos curiosos preguntábase no sin cierta ansiedad —porque ya conocían de sobra la crueldad del rey— qué es lo que podría hacer aquel monarca que no hubiese sido hecho por sus antecesores.

Hasta entonces todos los sultanes que se habían sucedido no habían hecho más que cosas malas: todos habían matado, robado, y millares de esclavos habían dado sus vidas para satisfacer sus criminales caprichos.

Ticuno les había superado a todos por sus venganzas, ambiciones y sed de poder. ¿Qué es lo que quería hacer aún?

Los sonidos de las flautas guerreras, hechas con tibias humanas de célebres caudillos, los tambores, formados por cabezas vacías, las campanillas y los cuernos de marfil anunciaron pronto la llegada del temido monarca y de su corte.

*(Continuará en el número próximo.)*





**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**

¡MALDITAS  
MOSCAS!



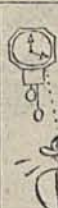
¡QUE PEL-  
MAS SON!



?



¡VA ES TARDE;  
NOS RETIRA-  
MOS!



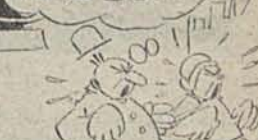
¡ADIOS!



¡ADIOS!



¡QUE PEL-  
MAS SON!



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**

¡HASTA LA  
VISTA! ¡NO PUE-  
DO ESPERAR A  
LA HORA DE  
LA COMIDA!



UNA ELEVACIÓN  
PRUDENTE LES  
HARÁ DESISTIR  
DE SUS PRO-  
POSITOS.



¿DONDE ESTARÉ?  
¡DESDE AQUÍ NO  
DISTINGO EL TE-  
RRENO!



¡ESTOY  
ENCIMA  
DE SUÍZA!



¡QUE BUENA ME-  
RIENDA LLEVA AQUEL  
ALPINISTA! ¡VOY A  
POR ELLA!



¡QUE CANSADO  
ESTOY! ¡NO  
PUEDO MÁS!



¡AUXILIO!



¡NO SUELTA LA ME-  
RIENDA, ESE TÍO!  
¡LO DEJARÉ EN  
EL PICO MÁS ALTO  
DE LA SIERRA!



ME HAS CONVERTIDO  
EN EL CAMPEÓN DE  
ALPINISMO! ¡TOMAMI  
MERIENDA!



¿DONDE ME-  
NOS SE PIENSA  
SE ENCUENTRA  
UN BANQUETE!



9-25

DAT SULLIVAN





# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—Con muchísimo gusto —dijo el joven, estremeciéndose como uno que acaba de ser despertado de un dulce sueño reparador—. Con mucho gusto, pregunten lo que quieran.

—Muchas gracias. ¿Cómo fué que encontrastes la isla... ¿cómo se llama?

—Miné.

—Eso es, la isla Miné.

—Pues verá usted —contestó el joven marinero algo embarazado— formo parte de la tripulación de un yate, perteneciente a señor muy rico.

—¿Inglés?

—Sí.

—Prosiga.

—Prosiga. Ese señor tiene una manía... cómo diría yo... una idea fija ¿me comprende?

—¿Y en qué consiste?

—Consiste en querer visitar todas las islas del Océano Pacífico, con la esperanza de encontrar alguna no pisada aún por planta europea; quiero decir americano... en una palabra: por ningún civilizado, y de este modo dar su nombre a la isla descubierta.

—¡Extraña manía!

El ex director estuvo pensativo unos instantes.

Una inteligencia habría adivinado quizá que el marinero Jone relataba una fábula; pero la señorita Campbell y su padre estaban tan preocupados por aquel imprevisto y feliz retorno a la vida de su querida y supuesta ahogada, que creyeron de buena fe todo lo que les contaba el joven.

—Señor Jones —prosiguió diciendo el ex director de Nou mirando al marinero— mi esposa nos recomienda en su carta que tengamos en usted plena confianza.

—Lo he oído.

—¿De modo que nos puede ayudar?

—Sí, y lo haré con todas mis fuerzas; se lo aseguro.

—Se lo agradecemos. ¿Y qué es lo que nos aconseja?

Guillermo Jones bajó la vista hacia su sombrero, al que seguía dando vueltas entre los dedos, cual si fuese un ser animado.

—Señor Touchet —dijo al fin el joven, decidiéndose— mi amo ha hecho una promesa a su esposa.

—Lo hemos leído: la de libertarla.

—No, ésta no; otra.

—¡Ah!

—Sí, otra.

—¿Cuál?

—Se lo diré cuando haya contestado a unas preguntas.

—Veamos.

—Señor Touchet, ¿tiene usted valor?

—Para guardar presidarios hace falta tenerlo.

—Es verdad.

—Prosiga.

—¿Y su hija, lo tiene?

—¿Valor?

—Sí.

—Así lo creo.

—¿Les asustaría un viaje por el mar?

—Hemos hecho el de Nueva Caledonia, que ya sabe usted que no es de los más fáciles.

—Es verdad.

—Entonces...

—Sus constestaciones me tranquilizan.

—¿Por qué?

—Porque mi amo ha prometido a la señora Campbell-Touchet ir a libertarla junto con...

—Prosiga.

—Junto con su esposo y su hija Maud.

—¡Dios mío! ¿Qué dice?

—La verdad.

—¿Tendremos que marchar a la isla Miné?

—Precisamente.

—¿En la Polinesia?

—Claro está.

El ex director hizo un gesto de verdadera desolación.

—¡Mi querido Jones! —exclamó moviendo la cabeza— si fuese yo solo, pongo al cielo por testigo, que no me importaría nada dar dos vueltas al mundo y hasta morir... Pero exponer a tanta molestia a mi hija, a la buena y querida Maud... ¡No, no y no! ¡Jamás! ¡Como si no hubiese sido bastante el viaje a la maldita Nueva Caledonia!

La señorita Campbell escuchaba atentamente las palabras de su padre. Le dejó terminar, y en seguida se puso en pie, se le acercó, se le colgó del cuello cariñosamente y dirigiéndose al marinero le preguntó:

—¿Cuándo hemos de marchar?

—Pasado mañana, por la mañana, o sea el 15 de octubre, en el primer transatlántico que sale del Havre para Nueva York.

—¿Y al llegar a Nueva York?

—Tomar un tren del *Pacific rail road*, que, como sabes, es la línea férrea que atraviesa los Estados Unidos del Atlántico al Pacífico, y al llegar a San Francisco de California nos esperará el yate que deba transportarnos a la isla de Miné.

—Enterados —dijo la decidida joven—. Entonces, señor Jones, haga el favor de tomar nuestros camarotes, porque el día señalado estaremos prontos a seguirle.

El ex director, exaltado, empezó a gritar:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Pero es de veras que quieres marchar?

—Pues, claro que sí.

—¿Pero estás loca? Piensa en...

—No, no quiero pensar en nada. Mi madre, sola, desdichada y lejana nos llama; sí, porque su voz y su deseo de que vayamos se refleja en cada una de las palabras de su carta; nos está esperando y yo debo marchar y obedecerla.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Pero qué es lo que teme usted, padre mío? Dios no habrá querido que mi madre viva para arrebatárnosla. Tranquícese; llegaremos felizmente...

—Sí, sí; todo lo que tú quieras; pero ¿y tu novio, que está a punto de llegar?

La señorita Campbell estremeciéndose y se puso pálida.

—Tiene razón, me olvidaba de él.

—¿Qué diría el pobre si no nos encuentra aquí?



- No sé.
- También él tiene sus derechos.
- Sí, sí.
- Y viene creyendo encontrar su dicha.

Maud tuvo un gesto de energía.

—No podría hacerle feliz sin mi madre —dijo con voz firme—. Le explicaré lo sucedido por medio de una carta que le entregará el portero apenas pregunte por nosotros. Es un muchacho todo corazón y no tendrá más remedio que aprobar mi conducta, porque antes que su prometida soy la hija de una madre desventurada, que hace dos años y medio invoca el nombre de su hija para que corra a consolarla con sus caricias. Padre mío, es preciso partir y partiremos...

El señor Touchet, vencido por la noble sencillez de aquellas palabras, estrechó contra su pecho a la valiente muchacha, murmurando todo conmovido:

—Sí, sí; haz lo que quieras; tu voluntad, hija mía, es sagrada para mí.

Y dirigiéndose al joven marinero, que esperaba con los ojos brillantes y al parecer algo húmedos, añadió:

—Señor Jones, le dejamos en libertad y le rogamos que acepte nuestro agradecimiento.

El joven se inclinó sin responder.

El ex director prosiguió diciendo:

—Si se le ocurre algo, venga cuando guste pues nuestra casa está siempre abierta para usted.

—Gracias.

—¿Cuándo volverá?

—Volveré para ultimar los detalles de la marcha.

—Le veremos con muchísimo gusto.

Guillermo Jones se inclinó de nuevo y salió en silencio. ¡Cualquiera hubiese podido jurar impunemente que estaba emocionado de veras!

#### IV

*Preocupaciones del capitán Barenval.—El relato de Jones. Cómo y por qué Barenval, después de haberse llamado Germán Vernet, se convirtió en sir Jorge Baker.—El almirante Wilson.—En París.—El portero del número 73 y sus recursos.—Sospechas del almirante.—El oficial desconocido.*

En el Hotel de los Españoles de la calle Lanery, el capitán Rodolfo de Barenval, con el aspecto y el nombre de un imaginario señor Germán Vernet, esperaba el regreso de su cómplice, el marinero inglés Guillermo Jones.

Su impaciencia podía ser calculada por el modo como media a grandes pasos los cuatro o cinco metros de la habitación, dando vueltas y más vueltas, cual león enjaulado.

A veces se detenía, escuchaba aguzando el oído si se acercaba algún ruido de gente en la escalera o en el corredor, esperaba ansioso y el ruido se alejaba.

Entonces se iba a la ventana, miraba a derecha e izquierda rápidamente, y por fin reanudaba su inquieto paseo, murmurando:

—No se le ve, no se le ve todavía... ¿Habrá fallado el intento? ¡Y sin embargo todas las disposiciones estaban perfectamente tomadas! ¿Y si han puesto en duda la autenticidad de la carta y sospechasen algo?... ¿Pero qué es lo que pueden sospechar? ¡No; es imposible!

A veces su pensamiento se desviaba de este asunto y volaba acá y acullá, en un mar sin límites, en una navicilla rápida y terrible, revoloteando en el espacio libre e inmenso o entre tierras desconocidas.

En medio de una de aquellas divagaciones, la puerta abrióse repentinamente y entró Guillermo Jones corriendo, con el sombrero hacia atrás y las manos hundidas en los bolsillos.

—¡Por fin, eres tül —gritó el capitán saliéndole al encuentro

—Yes, mi comandante, soy yo.

—¿Qué ha pasado?

—Todo perfectamente.

—¿De veras?

—¡Godday!

—¿Qué?

—¡Godday! Permitame que eche unos juramentos, porque le confieso que en casa del señor Touchet hasta el diablo se hubiese enternecido y hasta tomado órdenes eclesiásticas...

—Haz lo que quieras, pero cuéntame lo sucedido.

—Pues señor...

—A ver si eres breve.

—No tema...

Y el joven marinero dió cuenta de su importante misión, la cual ya conocemos por haberla presenciado hace poco.

—¿De modo que miss Campbell consiente? —preguntó Barenval.

—¿A qué?

—¿A emprender el viaje que le has propuesto?

—Con entusiasmo.

—Mi querido Jones, eres un excelente auxiliar.

—Todo el mérito es de usted.

—Es preciso recompensarte.

—Mi comandante...

—¿Qué es lo que desees?

—Un ascenso en su torpedero.

—Concedido.

—¡Qué bueno es usted!

—Soy justo, amigo mío.

—Como quiera; pero ahora es preciso no perder el tiempo.

—Tienes razón, y tanto más...

—¿Qué para mi comandante?

—Que temo ser perseguido y descubierto.

—¿Qué dice?

—Lo que has oído.

—¿Y por quién?

—Por el arung Sudharah.

—¡Ah, canalla!

—Amigo mío, ese hombre es un adversario formidable que no cesará hasta haberse vengado de nosotros.

—Es preciso ponerle en la imposibilidad de molestarnos.

—Así es.

—¿Qué piensa hacer?

—Escucha. Marcharás al Havre.

—Cuando quiera.

—Allí tomarás pasaje para ti, para el señor Touchet y para Maud Campbell a bordo del transatlántico *Federiks*, que sale, como sabes, el día 15.

—Perfectamente.

—Además, harás que reserven otro para mí bajo el nombre de sir Jorge Baker, acuérdate bien.

—No tema,

—Desde el Havre, cuando llegue el momento oportuno, telegrafiarás al señor Touchet a fin de que se reúna contigo junto con su hija para embarcarse.

—Comprendido.

—Antes de marcharte volverás a casa del señor Touchet para poneros de acuerdo.

—Comprendido, mi comandante.

—Te encargo mucha habilidad y prudencia.

—Será servido a las mil maravillas.

—En ello confío, Jones.

—¿No tiene ya una prueba de ello?

—Sí, amigo mío; y ahora vete ya.

El joven marinero se dirigió a la puerta, pero volvióse atrás diciendo:

—¿Me permite, mi comandante? ¿Se queda aquí solo?

(Continuará en el número próximo.)





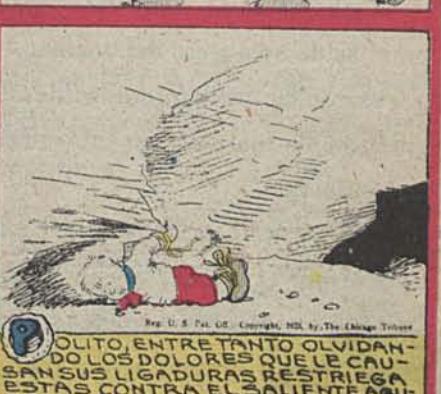
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO





# CUENTOS DE CALLEJA

## FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD

Casilla

UÉ frío hacía!

Era una crudísima noche de Diciembre. La nieve había igualado el color de todas las cosas, poniéndolas su blanca y helada vestidura. Sólo el pavimento de la calle desentornaba del total albor. En él, la nieve pisoteada era un barro cenagoso, negriblanco, parduzco, ceniciento; pero frío también como alma de egoísta.

En la esquina de una calle, e implorando la caridad pública, se hallaban, entumecidos y hambrientos, un infeliz anciano, ciego y decrepito, y una niña pálida y linda. El primero arrancaba estridentes sonidos a un viejo violín, mientras la niña cantaba con esfuerzo.

Los transeúntes, indiferentes, pasaban de largo, y en su mayor parte, entraban en un teatro que había en la misma calle.

Muy de tarde en tarde caía alguna moneda de cobre en el raído sombrero del anciano.

Pasaron las horas interminables. Los dos infelices estaban ya sin fuerzas y no habían reunido mas que treinta céntimos.

La gente salía ya del teatro. Tres jóvenes acertaron a pasar por el lado de aquellos desdichados, y el viejo les alargó el sombrero, diciéndoles:

—Dadme una limosna, por Dios; no puedo ya ganar mi vida con el violín, mis dedos se resisten, a to-

car, y mi nieta de mi alma se muere de hambre y de frío.

En el acento del anciano se revelaba un dolor tan profundo, que los jóvenes se sintieron conmovidos y llevaron rápidamente sus manos a los bolsillos, sacando todo lo que tenían en monedas.

El primero tenía cincuenta céntimos; el segundo, treinta; el tercero, quince; total, noventa y cinco cénti-

mos para remediar tan grande infortunio.

Los tres jóvenes se miraron con aire apenado.

—Amigos míos —exclamó uno de ellos—, vamos a obtener lo que nos falta; se trata de un compañero. Que Adolfo coja el violín y acompañe a Gustavo; mientras tanto yo haré la cuestación.

Y dicho y hecho; levantáronse los cuellos de sus gabanes, y, para no ser

conocidos, se calaron los sombreros hasta los ojos.

—Ahora, con brío y unidos —dijeron—. Dios no dejará de sernos propicio.

—Se trata de alcanzar el premio de honor: adelante; empieza con tu composición de concurso para atraer al público.

Bajo los dedos del joven, el violín del pobre arrancaba ayes supremos, canto de esperanza, quejas conmovedoras; todos los dolores y todos los consuelos que oculta bajo su manto la aterradora miseria pare-







cían brotar de las cuerdas del arco en forma de avasalladora melodía, cuya extraña influencia hizo agrupar alrededor del anciano y de los músicos a la multitud que antes pasaba de largo.

Hasta algunas ventanas se abrieron; el círculo de transeúntes iba aumentando cada vez más; al terminar se oyó una salva de aplausos, y muchas monedas blancas cayeron en el sombrero del anciano, colocado de una manera significativa ante el grupo de músicos.

Después de una breve pausa, el violín preludió de nuevo su acompañamiento.

—Ahora tú, Gustavo —dijo Carlos, que era el postulante.

El joven cantó una preciosa romanza con voz dulce y vibrante.

El público, encantado, gritaba: *¡Que se repita! ¡que se repita!* y la multitud y la colecta aumentaban.

Ante aquel éxito, el iniciador de la idea dijo a la niña:

—Ahora, canta tú.

Y el violín lanzó sus primeras notas, y aquella niña, aterida de frío, electrizada por el entusiasmo, comenzó a cantar con voz débil, pero tan suave, tan sentida, tan



dulce, que arrebató a la multitud y a sus mismos compañeros. El violín parecía arrancar notas hasta entonces no sentidas, y el aria se convirtió en dúo, y el mismo Carlos, con las manos en los bolsillos, lloraba, lloraba...

Aquella composi-

ción era suya... y, sin embargo, no la conocía...: tenía una emoción nueva y arrancaba lágrimas a su amigo autor.

Los jóvenes electrizaron a cuantos les escuchaban, no faltándoles ni dinero ni aplausos...

De tal modo bajaban las monedas de los balcones, que Carlos se veía apurado para recogerlas.

Terminado el concierto, la multitud se dispersó. Los jóvenes se acercaron al pobre viejo, a quien la emoción sofocaba.

—Vuestros nombres —dijo el anciano—, para que mi nieta los repita en sus oraciones.

—Yo soy la Fe —dijo el primero.

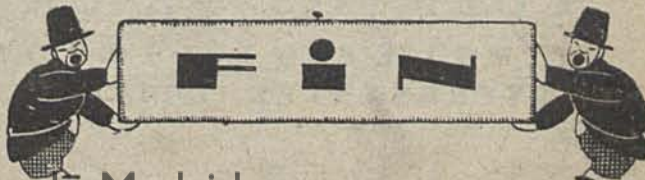
—Yo la Esperanza.

—Y yo la Caridad —dijo el tercero, entregando al anciano su sombrero lleno de monedas.

—Bien —dijo el pobre anciano—; aunque ocultáis vuestros propios nombres, yo os bendigo como os bendice Dios desde el cielo, y os predigo grandes felicidades en esta vida, en la que conquistaréis los mayores lauros.

La predicción del anciano mendigo se cumplió, y los tres caritativos compañeros fueron los más celebrados artistas de su época.

Dios protege siempre a las personas caritativas.



Ayuntamiento de Madrid







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy vengo con ánimo guerrero, y quiero saber qué cosa es ese artefacto que tanto se emplea en la guerra. ¿A que no sabes cuál es?

—¡Hombre! Son tantos los artefactos de guerra que cualquiera acierta con el que tú has pensado.

—Se emplea, principalmente, en la guerra de mar. Tiene la forma de un puro, pero un puro muy grande, y cuando revienta destroza todo lo que coge a su alcance.

—No digas más. Tú quieres saber qué cosa es un torpedo.

—Acertaste. ¡Qué talento tienes, querido buho!

—Con las señas que me has dado es muy fácil acertar. Pues veamos qué es un torpedo. Como tú has dicho muy bien, es un artefacto de guerra, y un artefacto de los que causan más mortíferos efectos. En el mar la guerra es más temible, porque el que no muere herido muere ahogado. Se da el caso muy frecuente de que un buque torpedeado se vaya a pique sin tener ni un solo herido a bordo.

Y todos se ahogan, ¿verdad?

—Si no tienen medios de salvación a su alcance, esa es la terrible suerte que les espera.

—En tierra, en cambio, si no está herido no hay peligro de muerte.

—El torpedo puede ser fijo y móvil. El primero es el que se instala en un punto determinado para hacerlo explotar cuando convenga. El segundo se lanza sobre el blanco para que explote al chocar con él.

—Los que llevan los barcos son móviles, ¿verdad?

—Sí, señor. Unos y otros se construyen de bronce fosforado, y se les da, generalmente, la forma alargada de los submarinos. La punta anterior se llama punta de combate, porque es por donde atacan, y en la extremidad posterior llevan la hélice, que les da impulso en su marcha.

—¿Llevan hélice lo mismo que los barcos?

—Exactamente igual. Y llevan, además, su pequeña máquina para moverla. Además llevan en su interior unos compartimientos destinados a cámara de aire, cámara de inundación, cámara de disparo y cámara secreta.

—Como no me digas para qué sirve tanta cámara, me quedo como estaba.

—Ten paciencia, Chononcito, que todo lo sabrás. La cámara

de aire tiene por objeto hacer que el torpedo flote, a diferencia de la cámara de inundación, cuyo fin es hacer que el torpedo se sumerja.

—Me parece que igual pasa en los submarinos.

—Exactamente lo mismo. Si se compensa la cantidad de aire con la de agua, se conseguirá hacer navegar el torpedo a la profundidad que se desee hasta cuatro metros.

—¿Nada más que cuatro?

—Y no hace falta más; porque como sólo se trata de que vaya oculto bajo el agua, con esa profundidad basta. La cámara de disparo es un recipiente donde va contenida una cápsula de fulminato de mercurio que comunica con el depósito de carga explosiva. La cápsula fulminante se inflama cuando es golpeada por un estilete de acero que sale por la punta del torpedo. Ya comprenderás que en cuanto el estilete choca con cualquier cuerpo duro sobreviene la terrible explosión.

—Y esa cámara secreta de que me has hablado, ¿qué objeto tiene?

—En esta cámara es donde se encierran los mecanismos para hacer que el torpedo vaya dónde y cómo se desee. Es decir, que por medio de estos mecanismos se hace que el aparato produzca sus mortíferos efectos en un sitio determinado. En esta cámara se encuentran los resortes de dirección, profundidad y velocidad. Es donde los torpedistas han de demostrar su pericia.

—¿Y qué me dices de los torpedos fijos?

—Estos son menos complicados que los móviles, pues no necesitan mecanismos de marcha ni de dirección. Unos explotan cuando chocan con ellos, y otros cuando se les envía desde tierra una corriente eléctrica por medio de unos cables submarinos.

—Y no hay que decir que los harán explotar cuando pase sobre ellos algún buque enemigo.

—Es natural.

—Oye, ¿cuesta mucho un torpedo?

—Bastante. Puedes calcular unas treinta mil pesetas. ¿Vas a comprarte alguno?

—¡Yo! ¿Para qué quiero eso? Si se tratara de comprar media docena de pasteles no te diría que no.

—Pues por mí, que no quede. Tengo ya deseos de merendar.

—Y yo también. Vamos a por ellos.

—Vamos allá.

## NAVIDAD AÑO NUEVO - REYES

EL MEJOR REGALO ES SIEMPRE EL LIBRO

PEDID GRATIS SUS CATÁLOGOS A LA

**EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A.**  
**CALLE DE VALENCIA, 28, MADRID,**

Y HALLARÉIS LISTA DE LOS FAMOSÍSIMOS  
E IMCOMPARABLES

**CUENTOS DE CALLEJA**  
**Y MILES DE LIBROS MÁS,**  
**INTERESANTES, ÚTILES Y AMENOS**





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Soldado griego.  
FERNANDO ALBERT.



Pinocho y la cigüeña.  
VÍCTOR JOSÉ GIL.



Nido.  
ANTONIO AGUIRRE.



Mi amiga Pi-  
rrula.  
PÉPITA RI-  
POLL.



—Pero oye, Ruperto, ¿dónde vas tan de prisa?  
—Espera un momento, que ahora te lo diré.

MIGUEL LECHIGUERO.



Una niña.  
M.ª LUCIA.



Un puente.  
CARMEN FENOLLAR.



Un hombre.  
JUANITA  
ARRANZ.



Pinocho en la Edad Media.  
JORGE GONZÁLEZ.

### Chistes.

—Oye, Juana, ¿cuál es el animal que no tiene pelos en las patas?  
—Tú.  
—No; el ciervo.  
—¿Por qué?  
—Porque cuando corre se dice que se las pela.

G. LAPORTE SOTO.  
Doce años.

—Ahora que sus hijos van al colegio, tendrá usted que comprarles una Enciclopedia.  
—¿Una Enciclopedia? ¡Que vayan a pie como yo iba cuando era pequeño!

—Oye, Luis, ¿a que no sabes cuál es el astro que está más cerca de la Tierra?  
—Pues, mira, no lo sé.  
—Pues el «astropajo».

LORENZO NAVARRO.  
Catorce años.

Currinche a don Turulato:  
—¿A que no me dice usted cinco días de la semana sin nombrarme lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo.

Don Turulato.—No, Currinche.  
Currinche.—Pues, antayer, ayer, hoy, mañana y pasado mañana.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.  
Doce años.

Una mujer a su marido, que viene borracho todos los días y lo trae un guardia:

La mujer.—¡Borracho, sinvergüenza; te emborrachas todos los días y no tenemos para comer!

El guardia.—¿Y aún se queja usted, y le trae todos los días una merluza?

MARÍA G. DE LA HIJA.



Alguacil si-  
glo XVII.  
MANUEL NIETO.



Cañamón.  
JUAN GIRALT.



Un pollo fruta.  
ELENA MATA.



Mujer de hoy.  
SANTIAGO  
SOLANO.



Mi tía.  
JUAN A. LA-  
IGLESIA.



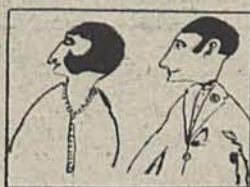
Mi casa de campo.  
MARIANO ARANGÜEN.



Mi molino.  
A. L. M.



Pinocho, torero.  
VÍCTOR GRACIA.



Apuntes del natural.  
OCTAVIO PÉREZ.



Un burrito.  
M.ª TERESA  
URRUTIA.



Don Turulato.  
EDUARDO BARRIGA.

### Chistes.

¿Cuál es el marido de la ballena?  
Pues el tranvía del disco núm. 52, porque cuando hay toros «va... lleno».

¿Cuál es el colmo de un elefante?  
Dar su trompa a un niño que está aburrido para que la baile y se divierta.

¿El colmo de mi cocinera?  
Hacer de una bata de mi mamá una «pa-ella».

¿Cuál es el colmo de un vendedor de periódicos?  
Pues vendes «La Voz» hasta agotarse.

¿Cuál es el colmo más pequeño de todos los colmos?  
Pues el colmillo.

¿El colmo de un preso?  
Comprar «La Libertad» por diez céntimos.

¿Cuál sería el colmo de mi sirvienta?  
Huir de los huevos porque se baten.

JULIÁN ORDEN APARICIO.  
Trece años.

¿Cuál es el colmo de un barrendero?  
Pues barrer la sierra en un día de nieve.

¿En qué se parece mi muchacha a un «auto»?  
En que se llama Mercedes.

Un transatlántico acaba de salir del puerto y los pasajeros se sientan a la mesa. Un caballero, muy mareado, que trata de comer, dice al camarero que le sirve:

—Esta chuleta está pasada.  
El camarero.—Y eso qué importa; ¡para el tiempo que la va a tener en el estómago!

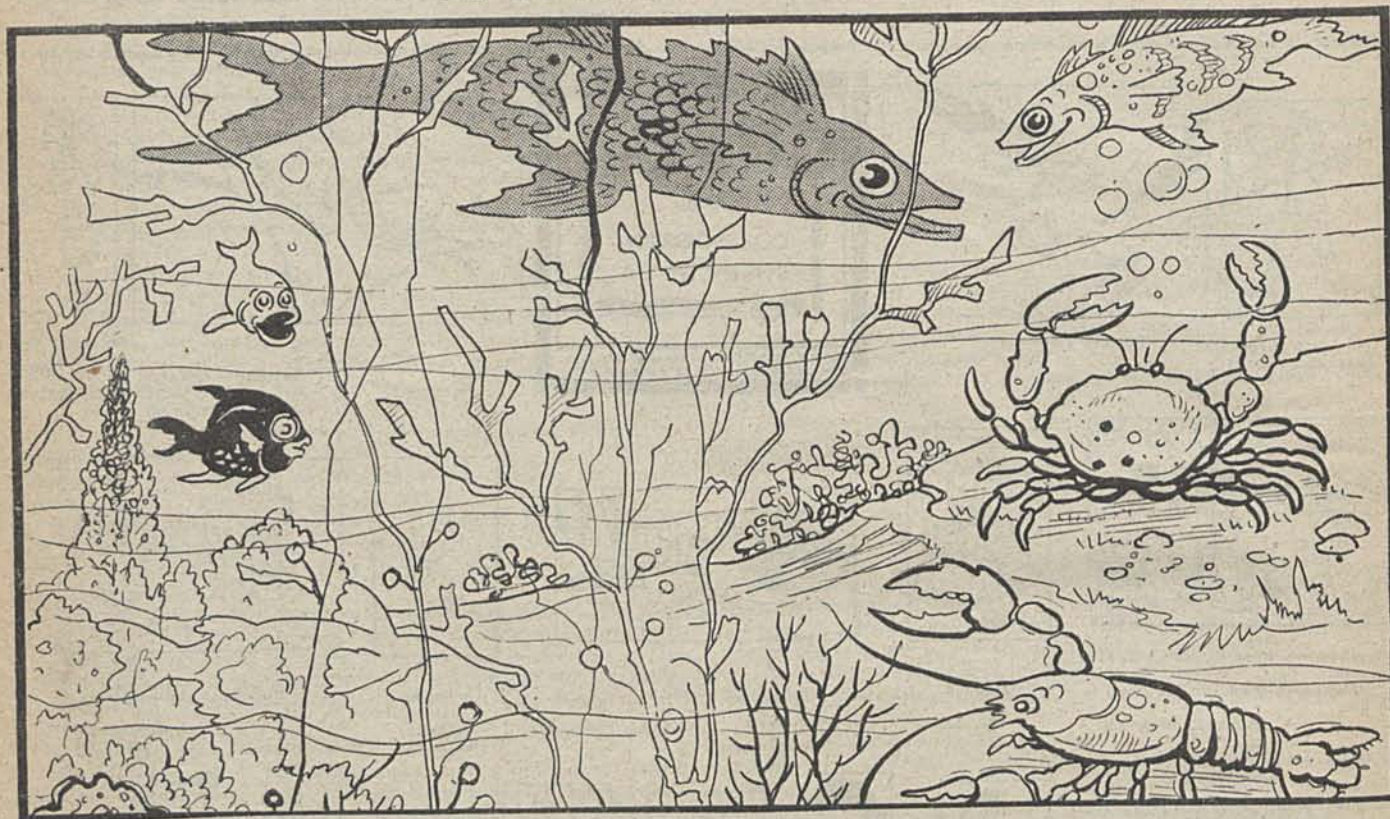
ANITA CONCEPCIÓN CASARIEGO DE BEL.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EN EL FONDO DEL OCÉANO



Estamos en el fondo del Océano. Mejor dicho, no estamos, estaba. Me refiero a la época aquella en que yo bajé al fondo del mar. De entonces data este dibujo, que es uno de los muchos que hice entusiasmado de la magnificencia del paisaje. Si alguno de vosotros, que no creo haya muchos, no ha leído esta estupenda aventura mía, apresúrese a leerla y pasará el más estupendo momento de su vida.

Pues como os iba diciendo, por entonces hice este dibujo, y hoy, revolviendo carpetas, me lo encuentro; pero lo que no encuentro son dos peces que dibujé entre los seis animales que aparecen en el dibujo. ¿Seréis tan amables que me los buscais? Son dos peces hermosísimos; uno creo que era un bacalao o *bacalado*, como dice Chapete cuando se hace el fino, y el otro era una especie de mero.

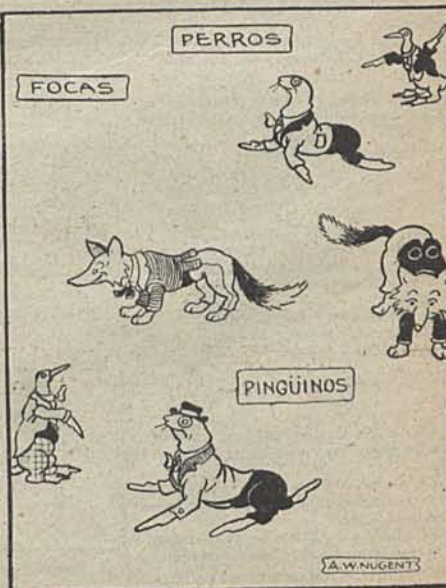
### PROBLEMA



Un botones de una oficina pidió aumento de sueldo, y el gerente le preguntó: «¿Cuánto ganas ahora, y cuánto quieres?» A lo que contestó el muchacho: «Gano tres pesetas y media a la semana. Bien sé que mi trabajo no vale dos veces eso; pero he de decirle que una mitad de la diferencia entre lo que estoy ganando y lo que mi trabajo vale es igual a las tres cuartas partes de la diferencia entre lo que vale mi trabajo y lo que yo ganaría si mi salario fuera el doble de lo que es.» ¿Cuánto ganaba y a cuánto le subieron el salario?

### ROMPECABEZAS

Tenemos dos perritos, dos focas y dos pingüinos y tres rectangulares con el nombre de la especie a que pertenecen estos animalitos. Se trata de trazar unas líneas para que cada uno sepa adónde tiene que ir a parar. De la boca de cada perrito saldrá una línea que irán a parar al lugar donde dice PERROS. De la boca de las focas otra línea hasta donde dice FOCAS; y lo mismo haremos con los pingüinos. Es importantísimo saber que estas líneas no han de tocarse ni cortarse.





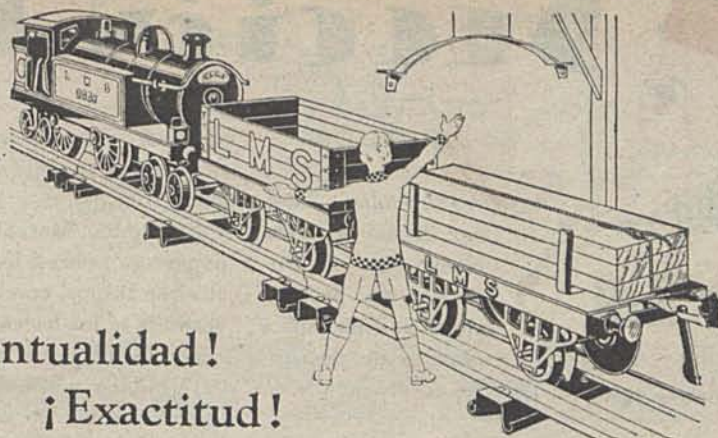
¡NOVEDAD!

El novísimo  
librito Hornby



Todo aficionado de ferrocarriles deberá poseer nuestro librito titulado "Como divertirse con un ferrocarril Hornby."

Precio 75 cts. Puede obtenerse en casa de su proveedor o directamente de nuestro agente.



¡Puntualidad!

¡Exactitud!

Las locomotoras HORNBY, aseguran a sus poseedores la más completa confianza.

La serie HORNBY comprende un surtido completo de Material Rodante y Accesorios de Ferrocarriles, Rieles, Desvíos y Cruces.

Con el uso de los componentes HORNBY todo muchacho puede por grados sucesivos llegar a establecer por sí mismo una línea completa de ferrocarril en miniatura, y gobernarla desde la garita de señales.

Precios desde Ptas. 32.50 hasta Ptas. 200.00

Pídalos por su nombre HORNBY en los principales Bazares y Librerías

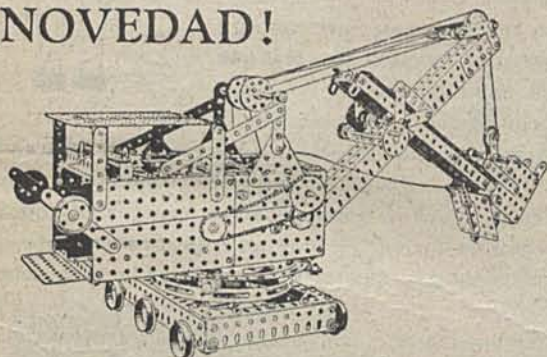
## TRENES HORNBY

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección D), Industria 226, Barcelona

Productos de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

¡NOVEDAD!



Libro Gratuito!

Todo niño deberá poseer nuestro nuevo librito titulado "Juguetes de Calidad." Envía una tarjeta postal indicando tus señas así como las de tres de tus compañeros que no poseen un Meccano y a vuelta de correo recibirás un ejemplar.

AMIGUITOS! SED  
INGENIEROS E  
INVENTORES!

Que magnífica diversión ver como poco a poco los modelos MECCANO, suntuosas estructuras esmaltadas en HERMOSOS COLORES, van tomando cuerpo correspondiendo a vuestros gratos esfuerzos. Hay una infinidad de modelos para construir—un nuevo juguete diario si así entra en vuestros deseos—y todo modelo MECCANO funciona. No hace falta ningún estudio previo.

Equipos desde Ptas. 15 hasta Ptas. 1200 en los principales Bazares y Librerías

# MECCANO para el año 1927

Agente para España y Portugal:

JOSÉ PALOUZIÉ SERRA (Sección 15), Industria 226, BARCELONA

Producto de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

Ayuntamiento de Madrid





# Sección Pirula

CHARLAS DE  
PIRULA

*Felicidades.*— Como el día de Año Nuevo cae en domingo, me proporciona una magnífica ocasión de deciros,

hoy precisamente, que os deseo un 1928 tejido de dicha y de alegrías.

Y no creáis que me presento ante vosotras con las manos vacías; os traigo un regalo prodigioso, el más grande, el más bello de todos los regalos.

Este regalo es un secreto sensacional; es el más grande, el más bello de todos los secretos.

Es, sobre todo, el más útil: es el secreto de la felicidad.

Ya sé que todo el mundo lo busca y que muchos creen haber dado con él, y se lamentan de no poder realizarlo. Para unos, el secreto de la felicidad es el ser muy rico; para otros, el tener muy buena salud; para otros, el poder hacer todo lo que a uno le da la gana...

Y, claro, los que creen que para ser feliz hay que ser rico, son los pobres; los que se figuran que basta con tener salud, son los que están enfermos, y los que creen que lo principal es hacer lo que a uno le da la gana... son los niños, porque ignoran que los mayores son aún mucho menos libres que ellos.

De modo que, por una cosa o por otra, nadie es feliz. Como que nadie posee el maravilloso secreto que os voy a descubrir.

Estad atentos: el secreto de la felicidad está en creer que se es feliz.

Ya veis, yo he conocido una niña que, al parecer, lo tenía todo para ser dichosa: dinero en abundancia, juguetes y golosinas a manos llenas, unos papás aun mejores de lo que suelen ser todos los papás; una casa magnífica; diversiones a todo pasto; ¡qué sé yo!

Pues bien; esta niña era horriblemente desgraciada; a la más leve contrariedad, adelantaba los labios, dando a su boca la forma de un hociquito, fruncía el ceño, llenando su frente de arrugas; alargaba su nariz varios centímetros (¿no habéis notado que cuando se está de mal humor se tiene la nariz más larga?) y gemía: «¡Hay que ver! ¡No ir hoy al cine! ¡Qué dolor!», o «¡Mira que no poder comer otro pastel! ¡Qué tristeza!», o «¡Tener que estudiar esa lección tan larga!



¡Si seré desgraciada!». Y lo era, en efecto; y yo pienso que si en aquel momento se hubiera mirado en un espejo y se hubiera visto con aquella cara, hubiera sido bastante más desgraciada todavía.

En cambio, Marujita, es la más feliz de las Pirulindas; sus papás son pobres; los únicos juguetes que tiene se los fabrica ella con trapos, corchos, cajitas de cartón y bramantes; y sus vestidos se los hacen con trajes viejos de su madre y de sus hermanas mayores.

Pues bien; a Marujita le debo yo el secreto de la felicidad que os acabo de enseñar. Y bien demuestra ella que los resultados del sistema son infalibles.

Cuando Marujita se acuesta sin postre —cosa que en aquella casa sucede a menudo— se encoge de hombros y dice: «Lo principal es que he comido con apetito»; cuando ve una muñeca que sabe que no ha de poseer nunca, dice: «Prefiero las mías, que mi trabajito me cuesta hacerlas»; y cuando «estrena» uno de sus pobres trajecitos usados, dice (porque, eso sí, es algo presumidilla): «No es muy bonito que digamos; peor sería que la fea fuera yo».

Así la tenemos siempre con cara de pascuas..., y estos días, más que nunca, naturalmente.

Y conste que mi sistema resulta un juego bastante divertido: ¿Que creéis ser felices? Pues lo sois. ¿Que sois felices? Pues estáis contentos. ¿Que estáis contentos? Pues lo están, al veros, cuantos os rodean, y os quieren y os miman. ¿Que estáis rodeados de gente contenta que os mima y os quiere? Pues ¿qué más motivo cabe de felicidad?

Afortunadamente, nunca falta algún motivo para alegrarse. Ya tenemos uno a mano: el de empezar un año. No hay nada más agradable.

Otro motivo: el de que el día 1.º de enero de 1928 sea un domingo, día de visita de Pinocho.

Y así hemos de seguir, durante todo el año, buscando cada día un nuevo motivo de satisfacción. Si alguna vez, por rara casualidad, no encontrais ninguno, echad una miradita al espejo, y sonreiréis, encantadas, al veros tan lindas, quiero decir, tan Pirulindas.

Sobre todo si en aquel momento lleváis puesto el adjunto modelo de vestido, compuesto de un jumper de kasha, color café, con falda plisada, color «beige», completado por un sombrerito de fieltro, color «beige», y un abrigo recto, color café, con vistas que hacen juego con el sombrero y la falda.

